

Buenos Aires, querida



Después de cerrar el año y de un diciembre acelerado hasta la médula, enero nos recibe más relajados. Buenos Aires parece una ciudad dormida, más quieta. Estacionada, quizás, porque muchos porteños se fueron a la costa o la montaña, buscando respirar pureza y tranquilidad.

Los que nos quedamos disfrutamos de este letargo ciudadano. Porque tiene su encanto disfrutar de una Buenos Aires de avenidas vacías. Salir más tarde y desayunar en casa. Refugiarse del calor donde sea y, si la vida nos regala una tardecita de pileta, mejor todavía. Sin horarios, los más chicos circulan en pijama y pantuflas de un lado para el otro. Buscan el alivio de los ventiladores o el refugio de unos brazos que quieran leerle un cuento. Aunque haya pasado el horario de protección al menor, la flexibilidad de horarios abre un nuevo abanico de posibilidades.

Enero de trabajo es un mes diferente. De amigos y de asados hasta pasada la medianoche. Los que nos quedamos hasta podemos escaparnos los fines de semana, y así la jornada laboral pasa volando. Casi sin darnos cuenta. De la nada, aparece quien tiene auto y le queda un lugar. Y vamos a medias y viajamos juntos. Nos esperan la familia y los amigos. Con todo preparado para agasajarnos. Dos días y de vuelta a la rutina, no tan rutinaria.

Enero en la ciudad tiene su gracia. Y los que lo vivimos lo disfrutamos a pleno. Porque Buenos Aires es una ciudad magnífica. Y verla vacía realza sus bellezas y sus atracciones. Después de las fiestas, queda vestida para matar. Y así la vemos y la disfrutamos los que nos quedamos. Para subsistirla con los sentidos y aspirarla sin perder detalle.

ROSARIO LANUSSE
DIRECTORA

